

Bien pronto debía desvanecerse aquella alegría  
 que el libro muy satisfecho de su buena fortuna  
 Apostol. la gran verdad que el acasaba de descubrir. Car-  
 gion del mundo fíctil que debía continuar, por medio del  
 salir de su copulatio con el mundo, se paró una imagen  
 blo á los romanos, sobre el cual caería sus miradas el  
 pa de una se primitiva guerra. Un capítulo de San Pa-  
 gano era preciso darme, así se debía volver á la pala-  
 savaricam, culto eterno, tradiciones, que tanto o tan-  
 ocultas, hasta entonces, á remolcaxatu por piedras, ab-  
 como el la llumbar una verdad que había oculto n  
 que formaba la esencia que del cristianismo: un espíri-  
 lacion. La se gratuita, á la gracia, que partí el un amodo  
 y su no de amor y de desobediencia. En el ya todo era  
 tanto libertad y amor de una libertad, anterior de oridin  
 de. Con la se había una nueva y de se había en-  
 imbuído en el sobre todo de que tal vez se había como  
 consolar, era que no era el lenguaje que hablaba tan ad-

La may poco tiempo más los propietarios del viaje  
 que a las, acostumbrado de, con de las, se nos, con un  
 de un la más, y en la misma una parte al mundo de ma-  
 de. Partes las nuevas, la capital de los españoles más  
 través a las, los viajeros de los viajeros. Partes los  
 de los que habían para pagar el camino, cuando se  
 en el de las maras, un

**CAPITULO II.**

Se hizo pronto la ilustración de las primeras impresiones,  
 y el mundo que giraba sobre las que se recibían de poseer.  
 desde los primeros pasos que nuestros, escritores han an-  
 hacia del suelo a la vista de Italia.—Montefiascone.—El pueblo  
 italiano.—Preocupaciones de Lutero.—Como hijo del Norte, no com-  
 prende la poética del arte.—Su despedida de Roma.  
 tan bien al viaje. Después de una larga jornada, hacia  
 us sonoras que había en el país, y se paró de menos su  
 Sensaciones de Lutero á la vista de Italia.—Montefiascone.—El pueblo  
 italiano.—Preocupaciones de Lutero.—Como hijo del Norte, no com-  
 prende la poética del arte.—Su despedida de Roma.

VAGAS relaciones, hechas por los viajeros que venían  
 de Italia, circulaban por Alemania. Estas relaciones, muy  
 parecidas á los cuentos fabulosos que referian los peregrin-  
 nos de Oriente, estaban revestidas de todos los encantos y  
 maravillas propias para exaltar la imaginacion. Se había  
 pronunciado el nombre de Roma. Lutero soñaba frecuen-  
 temente con aquella ciudad, y, sobre todo, con la ima-  
 gen del Papa, objeto de veneracion para los pueblos, y á  
 quien queria ver cara á cara, con el fin de comprender la  
 fascinacion que el Pontífice ejercía sobre las inteligencias.  
 Staupitz, bien fuera que creyese que el viaje á una tierra  
 lejana podria calmar una fiebre que amenazaba ser mortal,  
 bien que hubiera que arreglar algunas dificultades suscita-  
 das entre Roma y su orden, resolvió enviarle á la capital  
 del orbe cristiano. Lutero, aunque vaciló al pronto, no  
 tardó en aceptar la comision.



En muy poco tiempo hizo los preparativos del viaje. Salió á pie, acompañado de uno de sus hermanos, con un palo en la mano, y en la alforja pan para el alimento de un día. Para los sucesivos, la caridad de los claustros debía proveer á las necesidades de los viajeros. Lutero llevaba además seis ducados para pagar el *cicerone* encargado de enseñarle las maravillas de la ciudad santa.

Nadie ignora la influencia de las primeras impresiones, y el imperio que ejercen sobre las que se reciben despues. Desde los primeros pasos que nuestros peregrinos dieron fuera del suelo alemán, no se les presentaron circunstancias favorables: mal tiempo, el cielo siempre cubierto de nubes, y una hospitalidad poco halagüeña. Volvieron entonces sus ojos hácia su patria, y echaron de menos su Sion, aquella Suavia y aquella Baviera, donde los dos habian viajado otras veces, donde las posadas son tan buenas, donde los posaderos son tan amables y tratan tan bien al viajero. Despues de una larga jornada, llegaron á Italia llenos de cansancio y fastidiados, y allí se desvanecen los bellos sueños de Lutero. Sus ojos no pueden soportar el esplendor de su inmenso horizonte; su cielo le parece demasiado ardiente; sus crepúsculos de la tarde demasiado templados, y sus noches demasiado frescas. Su vino le enardece la mente, y aun sus aguas son nocivas para él. Un día que caminaba con su compañero, y que habia andado largo trecho con un calor insoportable, se bajó para coger en las palmas de las manos un poco de agua amarillenta; este agua, que habia estado durante todo el día bajo el influjo del sol, le embriaga como el vino. Vacilaba y se desesperaba, cuando Dios le hizo encontrar granadas, cuya dulzura luego le volvió á dar la vida. Diez años despues aun daba gracias al cielo, que le deparara tan milagrosa fortuna.

En Alemania, en el convento y en casa de su padre, se levantaba muy temprano, para respirar el aire matinal y

gozar de la vista de las campiñas; frecuentemente dormía con la ventana abierta durante los calores del estío. Creía que nada debía hacerle cambiar de método de vida. Una noche, al acostarse, no cerró, por un olvido, la ventana de su alcoba, y cuando se despertó sintió un malestar general en todo su cuerpo, y tan fuerte dolor de cabeza, que al día siguiente nuestros dos peregrinos apenas pudieron caminar una milla de Alemania.

Al llegar á Montefiascone, á la cima del Apenino, Lutero miró delante de sí, y vió estenderse á lo lejos una tierra estéril y árida: rocas desnudas, sin vegetacion y sin belleza, cuando creía que debía encontrar por todas partes los mirtos y los naranjos. ¡Qué contraste con la Sajonia que acababa de dejar, donde las flores son tan hermosas, los bosques tan espesos, el verde esmalte de las praderas tan fresco y tan brillante! Estaba desencantado. Habia hecho alto en una humilde posada, donde algunos frailes sentados bebían, gesticulaban y charlaban con una volubilidad extraordinaria, peculiar á su país, ocupándose con poco respeto, segun nos dice, de asuntos religiosos. Habia creído que la sombra del Vaticano debía estenderse como un manto sobre la naturaleza humana; era un milagro que esperaba del papado; pero como el milagro no llegaba, se levantó, para evitar la contienda que iba á estallar entre su compañero de viaje, que habia defendido valerosamente el honor del hábito, y aquellos frailes, que, si ha de creersele, le deshonoraban.

Parecióle la humanidad, como la naturaleza, raquílica, mala, revoltosa, desheredada de sus antiguas y nobles aspiraciones, y fuera de las vias de Dios. Por donde quiera que pasaba veía santos colocados en sus nichos, á los cuales se coronaba de flores, ante los que se quemaba incienso, implorando su favor en actitud suplicante. «¡Misera- bles, esclama dolorosamente, que respetan mucho mas á San Antonio ó á San Sebastian, que á Nuestro Señor Jesu-



cristo, y que para preservar una casa pintan en ella la imagen de uno de estos bienaventurados; gentes sin Dios, que no creen en la resurrección del cuerpo en la eternidad, y no temen más que los males de la tierra!» ¡Como si esta devoción á los santos no atestiguase una creencia en la otra vida! Si en el pensamiento de un italiano no existe la eternidad, ¿por qué ese culto á seres que no son ya sino polvo? Preciso es reconocer que por las venas de Lutero corre la sangre del viejo alemán, y por eso obedece, sin saberlo, al odio innato que se abriga en el corazón germano hácia todo lo que viene del otro lado de los Alpes.

El sacerdote se asemeja al pintor Lucas Cranach, que, dibujando siempre en sus cuadros las cabezas alemanas con una barba poblada, con ojos negros y la frente erguida, representa las cabezas italianas sin barba, con la mirada severa y las facciones afeminadas. Lutero observa la frialdad con que los maridos ultramontanos tratan á sus mujeres, y de ahí infiere que el matrimonio no se considera entre ellos como un estado feliz, y los llama hijos del pecado.

Pero ya está en Roma, y vuelven á sonreírle todas sus ilusiones de esperanza y alegría. Su corazón late con violencia. De rodillas, y con las manos levantadas al cielo, inclina la cabeza, y saluda á la ciudad con nombres amorosos y de respeto: «¡Roma Santa, tres veces santificada con la sangre de los mártires!»

No bien hubo atravesado la puerta llamada del Pueblo, cuando huyeron otra vez todos sus sueños lisonjeros. El pobre monje no había estudiado al hombre más que en su libro de oraciones. Conocía á los antiguos romanos, su mitología, sus dioses, sus héroes quizás, todo cuanto clérigos y seglares estudian en las aulas; pero la Roma moderna, la Roma de los Papas, era un libro cerrado para él. «Cuando atravesó la puerta del Pueblo, dice un escritor inglés, su pensamiento no vió aquel Emperador alemán que, se-

guido de un numeroso ejército, y queriendo extinguir hasta el nombre de la ciudad antigua, se detuvo allí por miedo á la espada espiritual que el Pontífice tenía en la mano.» No apercibió tampoco las sombras de Felipe Augusto de Francia y de Juan de Inglaterra pararse temblorosas delante de aquel anciano venerable que no contaba para resistirles sino con soldados desnudos y hambrientos. Al acercarse al Vaticano, y al ver al Papa, ¿qué fue lo que observó? Una multitud de cortesanos que besaban humildemente el pie del soberano, y sus ojos no distinguieron entre la turba de aduladores aquellas almas que «viene de Navagero á solicitar una nueva cruzada para conquistar en Oriente algunos viejos manuscritos.»

Todo lo pasado ha muerto para Lutero, é ignora lo que ha hecho Roma en bien de la humanidad. De todos los Papas que han ocupado la cátedra de Pedro, ninguno le es conocido ni por su nombre ni por los merecimientos contraídos para obtener la admiración y la gratitud de las gentes. Lutero olvida que si el Korán no es el Evangelio del Norte, es porque un Papa arranca el triunfo al poder mahometano. Nada sabe de las santas cruzadas, predicadas contra los infieles por Pío II, Inocencio VIII y Julio II. Ha visto reinar la fuerza bruta en Alemania, y gemir esclava la inteligencia bajo la mano de hierro de los barones, y no percibe que esa inteligencia, después de Dios, solo tiene por protector á su Vicario en la tierra, y que el pontificado, destruyendo la fuerza material, y obligándola á plegarse ante las leyes morales, ha dado al mundo el más sublime espectáculo que podrá presenciar el hombre.

¡Dejémosle, pues, que, huyendo de las fiestas de la capital del orbe católico, se encierre en las abstractas contemplaciones del retiro, para no escandalizarse con el lujo de aquellas ceremonias ostentosas y brillantes como el sol que las ilumina, y cuyos resplandores le persiguen incógnitamente!!



Si no ha comprendido á Roma, menos comprenderá á sus moradores. Para el pueblo romano las fiestas son necesarias, porque bajo un cielo siempre azul y trasparente la Religion es mas que un simbolo. Allí la idea, si ha de penetrar en el espíritu, necesita trasformarse en imágen; para Lutero basta la forma interior; para el italiano eso es poco; es necesaria la visibilidad, la apariéncia.

Si á la Italia nunca la halagó la Reforma, ¿no es porque la Reforma, desconociendo el carácter de los pueblos, solo les habló á la razon? ¿No se vió obligada mas tarde, para prevalecer, aun allí donde tuvo su cuna, á tomar de los católicos algunas de sus pompas esteriore, á cubrir sus desnudos templos, á seducir, en fin, la mirada con los atractivos materiales?

Un principe luterano, jefe de la casa de Brunswick, fue el primero que comprendió la influencia que ejercen los signos esternos sobre las inteligencias. Por eso la admiracion de Lutero, á la vista de ese mundo semi-pagano, prueban cuán extraño era á las mas sencillas nociones de la estética. De ahí que cuando los iconoclastas de la Suavia destrozaron las imágenes, si Lutero se conmueve, no sea por amor al arte, sino porque habia encontrado en la Biblia algunos pasajes en favor de los signos simbólicos: si el texto hubiese estado oscuro, él las hubiese quemado. De todas las maravillas con que Roma se engalanaba en tiempo de Julio II, ni Rafael ni Miguel Angel, ni los tesoros hacinados en las iglesias, tanto de pintura como de escultura, nada impresionó á aquel corazon frio é insensible. Sus oidos permanecieron cerrados, y ni siquiera escucharon los versos del Dante, que el vulgo cantaba cuando él recorria las calles. Algunos años despues el nombre de Roma le venia frecuentemente á la memoria; pero ni aun entonces pudo sorprenderse en sus escritos una aspiracion poética.

Precisamente al cumplirse los tres siglos de la entrada

de Lutero en Roma, otro hombre de imaginacion y sentimiento, que habia seguido la secta del reformador, Owerbeck, el mas distinguido pintor de Alemania, abandonando su país, visitaba la Italia, y al cabo de algunas semanas invertidas en la contemplacion de las grandezas del culto católico, volvió á abrazar la fe de sus padres.